

Una semana con Fidel Castro

por ARMANDO PUENTE

II

UN RECORRIDO POR SIERRA MAESTRA

Por caminos solitarios. - Planes de asesinato. - La contrarrevolución. - Concentración campesina. - Encuentro

LOS faros de nuestro coche iluminaban el jeep que marchaba unos metros más adelante, en el que iban, adormilados, media docena de soldados. Abriendo camino, en una "ruta", junto a Celia Sánchez, su secretaria, viajaba del Castro. Dejábamos atrás entre sombras, los queletos de unos cuantos bohíos y casas incendiadas, rascagos recuerdos de la lucha. Pasamos un puente de hierro, rápidamente repado, como si fuera un río.

Los norteamericanos facilitaron en seguida aquilatar y enviaron técnicos para reconstruir las vías de comunicaciones. Les interesa que no haya obstáculos en la recogida y embarque de la fruta azucarera —me dijo el chofer, un comerciante de Veguitas.

Poco antes, el automóvil en el que iba Fidel Castro, un lujoso "Cadillac", confiscado al huido dirigente sindical Eusebio Mujal, había pinchado una rueda. Cambianola quedó Luis Crespo, uno de los mecánicos y fieles hombres del jefe del "Movimiento 26 de Julio". Fidel siguió en el primer auto e yo a su alcance.

PLANES DE ASESINATO?

Intentamos que efectuara frecuentes paradas. Al que del camino, los campesinos le esperaban bien sabe desde hacia cuantas horas, para sacarle y estacar su mano. Fidel Castro no los fraudaba.

—Es una barbaridad —comenté— andar por esos caminos y deponerse ante cualquiera que se pida. No sería nada difícil atentar contra su vida. Y debe haber unos cuantos que lo estarían haciendo.

A mi lado, un "rebelde" de 19 años, un peón de Palma de Soriano, que a principios del año pasado "se echó al monte", respondió, mientras me miraba con un bozalito:

—Esta mañana obtuvieron a un gringo, con un telescopio, que quería asesinarlo.

—¿Cómo? —exclamé—. Pero ni él, ni el resto me comen. Saba más. Algo se había enterado, pero no prestaban atención. Dos días después, mientras tenía lugar un acto público y un orador local pronunciaba unas palabras de saludo, Fidel ojeaba un diario —"Revolución"—. Vi que su mirada se posaba unos segundos en la fotografía de un joven de cara angulosa, el cabello cortado como Marlon Brando, camisa blanca y pantalón caqui, que apuraba un avión. Era el norteamericano Alan Robert Nye. Cuando me entregó el diario pude leer lo que decía de él: Nye, de 31 años de edad, había sido arrestado en Jiguaní por miembros del "Ejército Rebelde", pocos días después del triunfo revolucionario, ocupándose un rifle con mirilla telescópica, un revólver, un mapa de la provincia de Pinar y gran cantidad de balas.

Definó que había llegado a la isla en una avioneta con el propósito de incorporarse a las fuerzas de Castro y "prestar sus servicios técnicos", que no le había sido posible por el rápido cambio del régimen de Batista.

Pero, según las autoridades, investigaciones posteriores permitían llegar a otra conclusión. Alan Nye llegó a La Habana el 12 de noviembre; se alojó en un hotel con nombres supuestos y con instrucciones del general Francisco Tabernilla, jefe de las Fuerzas Armadas de Batista, de que sus servicios serían pagados por el Estado. El día 20 llegó para Bayamo y anduvo cinco días por sus

alrededores tratando de incorporarse al "Ejército Rebelde".

Se añadía que había confesado que recibió diez mil dólares para asesinar al jefe de la revolución.

Desde Chicago, su madre formuló unas declaraciones a la Prensa, diciendo que Alan, ex aviador de la Armada y veterano de la guerra de Corea, había partido para la República de El Salvador, con el propósito de vender avionetas para la agricultura en Centroamérica, región que ya le era conocida, como Cuba.

Días antes, los diarios habían informado de la detención, en Santiago de Cuba, de dos soldados, causantes de la muerte de tres personas —y de otros cuarenta heridos— al estallar una granada en medio de una multitudinaria peregrinación a la Virgen del Cobre. Al parecer, marchaban entre los peregrinos, con la granada sin el seguro, y la explosión se produjo casualmente. Ambos confesaron que su intención era "irse al monte y alzarse contra el actual Gobierno"; otros afirmaron que se proponían alear contra la vida de Fidel Castro.

No hubiera sido difícil. Como tampoco les hubiera sido difícil disparar sobre nuestros vehículos a los tres o cuatro guerrilleros del "ejército privado" del senador Masterrer, que andaban por las lomas próximas a Guisa, cerca de donde pasamos.



El jefe de la revolución en uno de sus discursos. A su derecha (con gafas) el presidente provisional de la República, Manuel Urrutia

LA CONTRARREVOLUCION

No le oí a Fidel Castro ningún comentario acerca de estos hechos. Tampoco vi que tomara la menor precaución contra un posible atentado. Estaba seguro entre tantos desconocidos, que por todas partes se le acercaban y rodeaban, al marchar de un lado a otro, solo, dejando atrás su inexperta e improvisada guardia personal. Sólo una vez le escuché comentar:

—Hay quienes dicen que la contrarrevolución es una fábula; entonces las amenazas de agresión y de intervención en Cuba son una fábula; entonces la granada de mano que asesinó en la procesión del Cobre a tres ciudadanos e hirió a cuarenta o cincuenta más, lanzada por un ex soldado de Batista es una fábula. Entonces, la revolución no tiene problemas, no tiene enemigos.

Yo creo que hasta ahora sólo ha adoptado una precaución: la de nombrar a su hermano Raúl su "sucesor" en la jefatura del "Movimiento 26 de Julio" y al frente del Ejército Rebelde para el "uso de ausencia o de muerte".

En un cruce de caminos su coche se detuvo. Nos acercamos. No había ninguna indicación y su chofer no sabía cuál era la ruta a seguir. Bajó del camión del coche y le dije:

—El chofer de nuestro coche es de por aquí. Él sabe el camino; iremos delante. Así lo hicimos. De vez en cuando me volvía para ver, pero las luces de los faros de su automóvil me cegaban. Quizás dormitara, pensaba, ya que la jornada había sido dura.

CONCENTRACION CAMPESINA

Hacia n la más que unas horas que me había encontrado con Fidel Castro, en la residencia de empadronados de la Central Esrada Palma, donde le aguardaba, después de andar diecisiete horas tras su nueva, por pueblos y caminos de la provincia de Oriente.

Se nos había dicho en La Habana, al partir

en un avión militar, guiados por el co andante Fesser Ferrer —un hombre ejecutivo, hijo de chino y catalana, tímido esotérico y escritor— que Casuso iba a dar comienzo, en la Sierra Maestra, a la reforma agraria, repartiendo tierras entre los campesinos. Luego comprobamos que a mil kilómetros de distancia las noticias llegaban deformadas, y que había mucha confusión e improvisación.

Después de tantas horas en su búsqueda, a 60 kilómetros del lugar de la concentración campesina, la noche cayó sobre nosotros. Y en aquel remoto rincón de la isla quedamos llenos de polvo, sedientos, pensando que no restaba sino aguardar al amanecer.

Hasta allí llegó Crisóbal A. Zamora, enviado especial del diario habanero "Avance", el único que asistió al acto.

—Fidel viene detrás mío —dijo—; se ha quedado conversando con unos guajiros.

No lo creíamos. Ya no creíamos nada.

El nos contó lo que había sido aquella multitudinaria concentración campesina en Guayabal de Nagua, una aldea de cuatro casas aisladas en la Sierra Maestra. Allí se habían reunido los guajiros que lo conocieron en los días más difíciles de la lucha, cuando no cesaban los bombardeos, cuando había que comer "arroz con fantasía", es decir, arroz solo y anilanga sin sal, que no hay quien "le atrempa pa' dentro".

No había tenido lugar lo que nos anunciaron en La Habana: el comienzo de la reforma agraria. Fidel Castro se había limitado a recordar los años de la guerra, a regañar amablemente a "los suyos" por haberse comido las dos mil reses que el "Movimiento 26 de Julio" había repartido entre ellos, a prometerles que aquellos montes quedarían plagados de escuelas.

Varias veces su voz se había parado entre la muchedumbre, al interrumpirse la improvisada corriente producida por tres plantas portátiles de energía eléctrica. Su micrófono había quedado silencioso y él, el amigo, el todopoderoso dispensador de mercedes, había escuchado lo que le pedían los que se le acercaban. Este, el revólver que le quitaron; aquel, un caballo para sustituir al que murió en el bombardeo; el de allá, simplemente que le buscara con una estampita de la Virgen de la Caridad.

Fidel Castro les había dicho: —Ya se estarán preguntando cuándo vamos a repartir las tierras. Sabemos que ha pasado un mes desde el triunfo y es hora de trabajar. Yo les digo que no será dentro de tres meses. Antes de un mes será promulgada y empezará a cumplirse la reforma agraria".

ENCUENTRO

Fué entonces cuando, como ya les he contado (1), entró Fidel a grandes zancadas, interrumpiendo el relato. Le vi sentarse a mi lado, después que dejó su rifle en un rincón. Sus ojos tenían las profundas huellas y su voz el cansancio de muchas jornadas.

Comenzamos a hablar. La primera impresión fué la de que me encontraba ante un iluminado de esos que da la tierra americana, que con su palabra y su entonación, van dejando la semilla entre las gentes del pueblo.

Le pedí que me permitiera seguirle unos días, y al mirarme con sus grandes ojos, comprendí que muchos le seguirían hasta el fin.

(1) Capítulo I de esta serie.

(Exclusiva de la Agencia Logos para ESPAÑA. Prohibida la reproducción total o parcial).

Próximo capítulo

«LA REFORMA AGRARIA»